

*Vista aérea del puente de San Martín.*

## CIUDADES MONUMENTALES

# TOLEDO, LA IMPERIAL, O LA HISTORIA HECHA CIUDAD

Ninguna de nuestras grandes ciudades monumentales supera a ésta en interés histórico y artístico, pues es tal su patrimonio en ambos órdenes que puede sufrir, acaso ventajosamente, ser parangonada con esas otras urbes extraordinarias que resumen el alto sentido de todo lo maravilloso y heroico consustancial a una raza. Por ello dijo Galbáto, acertadamente, que «Toledo es una Historia completa».

Capital de la remota Carpetania, fué teatro de la lucha

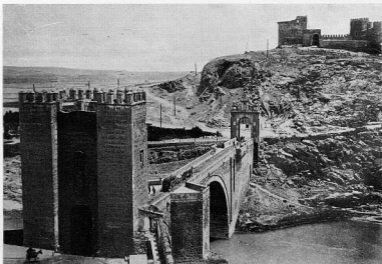
de iberos y celtas contra los cartagineses, datando de aquella fecha los restos prehistóricos hallados dentro de su recinto y en las cercanías. Dos siglos antes de nuestra Era tenía ya fama por su importancia castrens, como lugar fortificado, según testimonio de Tito Livio, quien llamaba *arx ibera sed loco muris*, circunstancia que permitió al consullito Hércules resistir durante varios años al continuado ataque de las legiones romanas mandadas por el cónsul Fulvio Norcio, quien, al fin, consiguió

tomarla. Ello supuso iniciarse para la ciudad una era de verdadero esplendor, por lo cual pronto la Toledo romana constituyó centro de la vida política y económica de una vasta zona peninsular, dando confluencia las principales calzadas de comunicación viaria procedentes del Norte, desde *Legio, César Augusta y Tarraco*, y las que iban a la Lusitania por *Emerita Augusta* y a la Bética por *Cástulo*. Por entonces alcanzó Toledo su rango como capital espiritual del país, antes de serlo política, pues el Cristianismo, al propagarse por España, hizo de ella sede de su unidad, siendo su primer obispo San Eusebio, que murió martirizado en Roma el año 97. En tiempo del oscuras, Astasio, año 400, celebró allí el primero de la serie de 18 concilios que continuarían convocándose luego, durante la dominación visigoda, antes y después de elegir el rey Leovigildo a Toledo como capital de su reino, en el año 572, trasladándola desde Sevilla. Algo menos de siglo y medio después, en el año 711, derrotado el último monarca goda, Rodrigo, llegaron a Toledo las huestes de Tariq. El primer gobernador musulmán de la que entonces llamaron *Fatráyah* fue Anasí, el cual dio origen a la famosa leyenda de la noche rotunda, crucial vezagana tomada contra cuatrocientos nobles a quienes convidó a cenar, mandando arrastrarlos a un subterráneo próximo a la que fué iglesia de San Cristóbal, so pretexto de que habían ofendido a uno de sus hijos. Muchos fueron los episodios bélicos que se sucedieron a lo largo de los trecentos sesenta y cuatro años que duró la dominación de la plaza por los sarracenos; pero, dependientes desde el 759 del

Califato de Córdoba, aunque no cesaran las luchas intertinajas, cumplióse lo que dice su cronista de quedar convertida poco a poco en alómar avanzado, poblado de heráticas y castillos en sus ruinas, y en lugar de recreo de sus emires, que cubrieron sus dos veces de alcazabas y jardines.

El 25 de mayo de 1085 fué el gran día en que entraba triunfalmente Alfonso VI en Toledo, al frente de sus huestes, con el Cid a la cabeza, y desde aquel momento quedó la ciudad erigida de nuevo en corte de la Monarquía, rango que conservaría durante cinco siglos, en que se trasladó a Madrid. El monarca conquistador restableció la sede arzobispal con el carácter de primera, o primada, que ha conservado en lo sucesivo. Alcajía ya, después del triunfo de las Navas de Tolosa, la frontera con los árabes, Toledo perdió su importancia castrens, adquiriéndola, en cambio, en otros órdenes, pues tras el gran período que comprendió reinados tan disímiles como los de Fernando II, Alfonso XI, Pedro I y los Trastámara, advino la pacificadora época de los Reyes Católicos, propia a todo lo que significara progreso. Fueron aquellos siglos, XII al XVI, los que marcaron en la historia de Toledo el apogeo de su grandeza como centro a la vez cultural y artístico, industrial y comercial, o sea, núcleo irradiador y representativo de las más cardinales actividades y modo de ser españoles. Es fama que todavía en 1620 constituía un espacio industrial, donde más de 50.000 obreros, ocupados en 600 fábricas, producían gran cantidad

TOLEDO—El puente de Alcántara con el castillo de San Servando.



de trébedos (paños, medias y gorros) y espaldas —estas de lana postada trenada, las últimas que se usaban en la nación—, de todo lo cual se hacía gran exportación a América.

• • •

En toda descripción, por somera que sea, de Toledo debe figurar la referencia a su en extremo original emplazamiento, pues hállase situada, al igual que Roma, sobre las que fueron siete colinas, la más oriental de las cuales quedó convertida por el pueblo del Latío en *castro*, o campamento fortificado. «La ciudad con sus cinco torres —escríbe Valverde— aparece asentada sobre un elevado peñón que cñe y riega con sus cristalinas aguas el raudaloso Tajo, volviendo en torno suyo en forma de herradura y extendiendo a sus pies la mullida alfombra de su fértil veza. Asentada sobre un tramo natural, que sus regios destinos han consolidado en otro tiempo, lucha entre ásperas breñas su lejana aparición, agudándose sus edificios en audaces, desollando entre ellas la inmensa mole del Alcázar y ofreciendo un bello e incomparable panorama. Rodóla el Tajo entrando por la parte E., al abrigo de la importante roca, después de regar anchurosos la huerta y frondosos jardines que la circundan; profundo y estrecho se hace después su cauce, replégase al deslizarse bajo el puente de Alcántara el castillo de San Servando y los restos del acueducto de Jaumeo; bulle al tocar los cimientos del grandioso edificio, cruz en dirección Sur más ruinosos recuerdos, resacándose en angosto precipicio cubierto de breñas, produciendo luego en la pesa perngulo quejido la caída de sus someras aguas, que van a bañar, al alejarse, nuevos campos a que prestar su frescura y su riqueza.

El eminente crítico e historiógrafo de Arte don Manuel B. Cossío, que fué quien con mayor penetración estudió, en conjunto y en detalle, la importancia artística de Toledo, dejó trazado un admirable esquema acerca de su contenido monumental, el cual es conveniente conocer antes de efectuar la glosa de sus principales creaciones arquitectónicas. Dicho esquema es el siguiente: Arquitectura romana (hasta el siglo VII), ruinas del circo; estribos del puente de Alcántara; vía de la plata, y algún otro más dudoso. Arquitectura visigoda (siglos V al VIII): iglesia de San Sebastián; capiteles de San Román; patio interior de Santa Cruz, y museo. Influencia árabe del Califato (siglos IX y X): mezquitas del Cristo de la Luz y de las Tenerías y numerosos ejemplos en construcciones posteriores —puerta vieja de Visagra—. Arquitectura ojival (siglos XIII al XVII): San Juan de los Reyes; el cuerpo general de la Catedral, y muchas casas particulares. Estilo mudéjar (siglo XIII): puerta antigua de Visagra; siglo XIII: en la Catedral; puerta del Sol; puerta de Alcántara; sinagoga del Tránsito; torres de Santo Tomé; San Román; la Magdalena; Santiago del Arrabal, y Santa Leocadia; siglo XVI: convento de la Concepción; siglo XV: sala capitular de la Catedral y San Juan de la Penitencia. Arquitectura plateresca: capilla de los Reyes; ex hospital de Santa Cruz y parte del Alcázar. Estilo gótico-renascentista: la Catedral; Ayuntamiento; fachada Sur del Alcázar, e iglesia del hospital de Tavera. Churriguieresco: transparente de la Catedral, e iglesia de los Jesuitas. Y arquitectura neoclásica: Instituto, y en la Catedral, Obisepse que, excepción hecha del románico, todos los demás estilos están brillantemente representados en Toledo.

De las numerosas puertas que se abrieron en la muralla o formaban parte del sistema defensivo, conservárase cuatro, que son: la antigua de Visagra, que data del siglo V, en la cual fué decapitado Higón-el-Akl, por orden de Abdermán II, el año 639, y por donde pasó Alfonso VI al reconquistar la ciudad; la nueva de Visagra o de Carlos V, erigida en las postrimerías de la época árabe, pero reconstruida en 1530 por Covarrubias, al gusto gótico-renascentista, que comprende dos cabos y un gran arco almohadillado, en cuyo frontis campea el imperial escudo, a gran tamaño; la del Sol, torre albarrana de estilo tra-

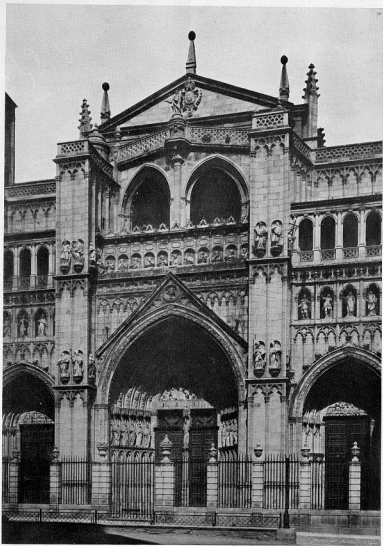


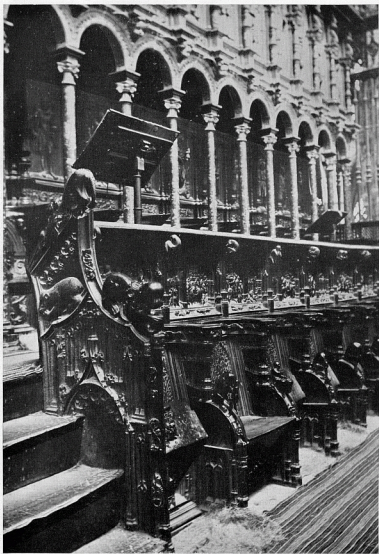
TOLEDO.—Puerta del Sol.

dejar, con cuatro arcos de herradura, dos apuntados y dos circulares, hecha en el siglo XIV, y la del Cambón, que tuvo orígenes en el reinado de Wamba, siendo después reformada por los árabes y luego en la época moderna, con lo que ofrece cuerpo dórico y pétreas pómidos como remate de las columnas formando galería.

Das puentes fortificados salvan el río, permitiendo la entrada en la ciudad por lugares diametralmente opuestos: al E. el de Alcántara, y el de San Martín al O., ambos muy interesantes. La cimentación del primero data de tiempo de la dominación romana, y el peño fué terminado por los árabes, pero en el decurso de los siglos sufrió varias modificaciones. Por la parte exterior hay una puerta barroca, con la que sustituyese la hecha en el siglo XIII, y en la interior subsiste la que se abre en el gran reducto defensivo, de planta exagonal, de cuya fábrica primitiva sólo perduran los almenados muros, viéndose allí varias inscripciones alusivas a su origen. El primitivo puente de San Martín —situado junto al lugar evocador de la leyenda de *La Cruz*— fué destruido por una gran avenida del río a comienzos del siglo XIII, y reconstruido por los árabes, que fué nuevamente arruinado en la guerra entre Pedro el Cruel y su hermano bastardo Enrique de Trastámara, hasta ser finalmente levantado en el siglo XIV por el eminente arzobispo Tenorio, quedando con dos torres, una de ellas de morisca traza, y de más grandiosas proporciones que el de Alcántara. Acerca de este puente, que sería todavía ampliado a finales del siglo XVII, hay una leyenda que dice que el arquitecto

TOLEDO.—La Catedral Primada. Fachada principal. Detalle.





TOLEDO.—La Catedral Primada. Detalle del Coro.



TOLEDO.—*Santa Tomé.*

Juan de Arce, a quien el arzobispo confió su edificación, creyó haberse equivocado al hacer los cálculos, y por temer de que al quitar las cimbrias se hundiera la obra, llegó a enfermar. Catalina, su mujer, a fin de salvar la reputación del esposo, se apropió de la necesidad de la noche y pensó luego al zalamaje, valiente decisión, merced a la cual el arquitecto recobró la salud, construyéndola de nuevo la obra, con lo que entre las tinieblas de la noche y el fondo de las aguas quedó oculto el secreto del hundimiento. Cerca del primero de dichos puentes, o sea el de Alcántara, sobre un alcor, está situado el que fué monasterio-castillo de San Servando, que creíase originariamente templo visigodo, y cuyo pasado tantas conjeturas y leyendas conserva. Alfonso VI lo restituyó al apoderarse de la ciudad, cedíéndolo a los monjes cluniacenses; pero los almorávides lo destruyeron en una de sus incursiones, tras lo cual Alfonso VIII lo dió a los Templarios, que no lo reedificaron, hasta haberlo el arzobispo Tenorio, que convirtió todo el edificio en vasta fortaleza, de amplios patios, gran torreón y recias cubas.

• • •

Dentro del dólido callejón toledano descuelga la grandiosa Catedral, la *Dives Patrocin*, primer monumento reli-

gioso de la ciudad y uno de los más importantes de España y del mundo. Entre tantos elogios como le han sido tributados figuran el de Casco, que la considera así ejemplo más netamente español de la arquitectura gótica, la cual experimenta aquí una adaptación al medio clásico que predomina en toda nuestra cultura, y el de Lambert, para quien representa «un mundo», por la asombrosa cantidad de obras de arte que atesora.

Sus orígenes se remontan al año 93, en que fundó el templo el primer arzobispo, San Ezequiel. Tras modificarlo, fué consagrado de nuevo por Recardo, el año 987, como catedral de la principal diócesis visigoda, y poco después, el 606, tuvo lugar en él, según la tradición, el milagroso descenso de la Virgen para imponer la castidad a San Ildefonso, en premio a ser ferviente defensor de la creencia de su Concepción Inmaculada, razón por la que fué dedicado a Santa María. Convertido en mezquita mayor por los árabes, siguió como tal cuando Alfonso VI reconquistó la ciudad, al haberlo así convenido con ellos; pero en conmemoración su esposa, la reina Constanza, y el arzobispo, don Bernardo, consiguieron que el pueblo cristiano se levantara contra aquella indigüdad, apoderándose de la iglesia en 25 de octubre de 1087, con lo que volvió al culto del Dios verdadero. Fernando III el Santo apoyó la idea de construir allí una gran catedral que le sugirió el arzobispo Jiménez de Rada —el de «la personalidad que domina todo un período de la historia religiosa, política y artística de España»—, quién engastado por el ejemplo que daba el prelado burgalés don Mauricio, que ya había iniciado la erección del gran templo de la ciudad Cabeza de Castilla. En octubre de 1226, según unos autores, y según otros en agosto de 1227, quedó colocada la primera piedra.

Durante mucho tiempo sino considerándose al maestro Pero Pérez, fallecido en 1291, como autor de los planos y primer director de las obras, a tenor de lo que aparece consignado en el epitafio de su sepultura, situada en una capilla de la cabecera del templo, derivada para construir el Sagrario, sí bien dió origen a controversia el hecho de no ser posible que aquel proyectara construcción alguna sesenta años antes de su muerte. Pero hace algunos lustros que la cuestión quedó elucidada merced a uno de los más eruditos y apasionados conocedores del magnífico templo, el entonces ilustre prebendado y después obispo-prior de las Ordenes Militares, Dr. Estévez, quien demostró apodélicamente que el traista de la magna fábrica catedralicia fué el maestro Martín, acaso galo de origen, pero casado con una española, que dirigió aquella en 1227, y todavía vivía sesenta años después, por lo que el maestro Pérez debió de ser el segundo arquitecto. Consta que en 1289 pudo ya el arzobispo fundador establecer capellanías en las capillas del ábside, y que cuando murió, en 1247, estaba en servicio la parte construída del templo; pero fábrica tan enorme requeria todavía siglos enteros para su terminación. En 1300 quedó acabado el crucero; en el siglo siguiente se levantaron las naves, el claustro y la torre; el XV fué invertido en cerrar las bóvedas, construir la fachada principal, trazar nuevas capillas, decorar la portada y efectuar importantes retoques, quedando virtualmente terminada en 1492, precisamente días después de la toma de Granada por los Reyes Católicos.

Excepción hecha de las de Burgos y León, casi todas las grandes catedrales góticas españolas carecen de monumentalidad exterior, pues solamente los hastiales de algunos de ellas constituyen la parte vistosa, por lo cual se ha dicho que no son en la exterior, sino el reverso de la interna. La de Toledo ofrece esa característica, por lo que resulta un tanto pobre el aspecto de sus fachadas, rehechas casi en su totalidad durante el siglo XVII. Contribuye a restarle presencia lo desfavorable de su situación, ya que el templo se asienta en paraje más bien bajo y está rodeado de estrechas y torcidas calles, lo cual hace que no pueda destacar su perspectiva.

La fachada principal, al O., tiene tres bellas puertas, de las ocho que sirven de acceso al interior del templo.

La del Perdón, en el centro, que es la mayor y de más rica ornamentación, y, a los lados, las llamadas del Juicio y de la Torre. A la derecha de ésta halláase la torre —única que llegó a construirse de las dos, gemelas y simétricas, en un comienzo proyectadas—, la cual principió Rodrigo Alonso en 1330 y terminó Alvar Gómez, ya en el siglo XV. Elébase con gran esbeltez a 92 metros, y tiene tres cuerpos, de los cuales el primero, de base cuadrada, está dividido en cinco compartimientos; el segundo es de planta octagonal y el tercero constituye una flecha o chapitel piramidal adornado de tres círculos de rayos, al que vulgarmente se da el nombre de óleación; en cuyo extremo se ha instalado hace poco la restaurada veleta. En la fachada meridional se abren dos puertas: la Llana o del Deán, de estilo neoclásico, hecha por Ignacio Haas en 1800, y la de los Leones, en el brazo del crucero —cuyo hastial tiene en la parte superior un gran rosetón—, una de las más bellas del templo, de gran pureza oficial, obra maestra hecha por Hansquin Egas en pleno siglo XV, la cual consta de grandioso arco con molduras y rica ornamentación escultórica del Apóstol, debida a Juan Alemán. Siguiendo el recorrido exterior se rotea por el lado oriental, en el que no cabe percibir bien el abside, por impedirlo las grandes capillas a él adosadas, que ocultan el complicado sistema de arbotantes de la girola. También la fachada septentrional ofrece diversas edificaciones igualmente adosadas —sacristía, capillas y claustro—, quedando libre de ellas sólo la que en el brazo del crucero, donde está el atrio. En él se abre la puerta llamada del Reloj, de la Feria y de la Chapinería, la más antigua, pues data de últimos del siglo XII —Berrara la cruz ya del XIV—, fecha desde la cual se ha conservado su línea ogival, pese a subsiguientes restauraciones: puerta que consta de arco apuntado con ocho estatuas de Apóstoles, timpans de tres series de ángeles y santos y portulac con una imagen de la Virgen, bajo doselito.

La planta es de cinco naves, por la cual responde al tipo llamado de salón, o sea que el crucero no acusa el exterior cuerpo saliente alguno, sino solamente los hastiales, y tiene doble deambulador. Su longitud total es de 120 metros y de 54 la anchura. La nave mayor, ancha de más de 15 metros, cuenta 31 de elevación, y las laterales, 18 y 11. El templo comprende 88 pilares, incluyendo los adosados a los muros, todos ellos de núcleo cilíndrico, con capiteles de la más pura flora gótica. Otros detalles interesantes son los arcos apuntados, con molduras también peristinas; las bóvedas de crucería sencilla, y el triforio. Los vanos de los muros tienen ventanales —750 en total—, con vidriería policromada de los siglos XIV al XVI. El emboscamiento de la girola había venido siendo en Francia objeto de ensayos y tanteos que no permitieron salir de la consabida forma de los tramos irregulares, con el natural inconveniente de que sus ojivos habían de ofrecer una de estas tres características: quebrarse en el centro para evitar el descentramiento de las claves, curvarse lateralmente, o bien sustentar bóvedas triangulares, con una columna en el centro que impedía la perspectiva de la cabecera. Y he aquí que la solución ideal, sencillísima, plasmóla el genial Martín en la traza del magno templo que describimos, al que confería así su mérito principal, de la siguiente manera: alternando en las naves tramos rectangulares y triangulares logrados al duplicar los apoyos de cada serie, en forma que a cada pilar de la capilla mayor correspondieran dos de la arquería intermedia, y a los de ésta otros dos de la exterior, con el debido contrarresto de arbotantes duplicados del mismo modo, y, finalmente, adosando en el exterior a los tramos rectangulares grandes capillas absidales casi cuadradas. «Estaba reservado al arquitecto de la catedral de Toledo —escribe Street— el resolver todas las dificultades enumeradas, dando una disposición a sus pilares tan ingeniosa y admirable que supera, ciertamente, a todo elogio. Su trazado parece la cosa más sencilla y natural, y, sin embargo, ¡cuántos ensayos se frustraron para realizar lo que



TOLEDO.—San Juan de los Reyes.

él logró, y de qué modo tan completo supera aquel maestro a todos sus contemporáneos!».

La capilla mayor, erigida al fundarse el templo, fué restaurada por el Cardenal Cisneros en 1498. Su reja, plateresca, labrada por el célebre Villalpando en 1568, es una de las mejores del mundo, y lo mismo cabe decir del retablo, verdadero museo de escultura religiosa, terminado en 1504, donde quedó patentada la maestría de una pléyade de grandes artistas que en él trabajaron, entre ellos Felipe de Borgoña, Egas Guzmán, Caspín, Alonso de Ribón. A los lados del altar hay notables sepulcros reales, precedentes de la antigua capilla de Reyes Viejos, y en la parte anterior al proscenio está el del Cardenal Mendoza, de gran sentimiento renacentista, todo lo cual justifica la afirmación de Barré, de ser aquel recinto «el lugar más entusiastamente amueblado que existe en el mundo. Detrás de la capilla mayor, a modo de trasaltar, halláase el famoso y discutido *Trasaporte*, obra ha-

roca hecha por Narciso Tomé de 1720 a 1732, que requirió heredar la bóveda a fin de dar luz a la iglesia.

El coro está cerrado por otra verja de soberano mérito, debida a Domingo de Céspedes, el émulo de Villalpando, que la terminó en 1547. La sillera es tan extraordinaria que cabe concepcional como la mejor de España. El cuerpo bajo, gótico, con 31 sillales, fué labrado por el maestro Rodrigo, quien terminó su labor en 1495, representando en los capataces escenas de la guerra de Granada; el alto, renacentista, de 72 sillales, en los que aparecen tallados santos y apóstoles, es debido a Felipe de Borgoña y Alonso de Berruete, que coronaron su obra en 1453.

A los pies de la nave de la Epístola hállase la gran capilla mozárabe, fundación de Cisneros para perpetuar en ella el rito de dicho monje, la cual tiene planta cuadrada, magnífica cúpula octogonal, debida al hijo del Greco, Jorge Manuel Theotocopuli, famoso arquitecto; una gran reja ajijal forjada por Juan Francés en 1524, retablo con admirable mosaico y pintura mural que representa la expedición a Orán, atribuido primeramente a Borgoña y después a Berruete.

En el ábside hay tres importantes capillas que merecen especial mención. La primera es la de San Edebono, amplia, de estilo gótico y planta octógona, reedificada por el Cardenal-arzobispo Albornoz, después Gobernador de los Estados Pontificios y fundador del Colegio de San Clemente, de Bolonia; capilla con gran altar neoclásico debido a Ventura Rodríguez, y seis artísticos sepulcros, el principal de los cuales es el de dicho prelado, hecho por Vasco de la Zarza. La segunda es la

de Santiago, que algunos autores consideran como la más suntuosa del templo y una de las más notables de España, fundada por el célebre Condestable de Castilla don Alvaro de Luna, la cual tiene magnífica portada gótica, bóveda de crucería y ocho ventanales cabalados, así como uno de los mejores retablos de la Catedral y seis sepulcros; los dos principales, en el centro, del fundador y su esposa, con estatuas yacentes y delicada ornamentación escultórica. Y la tercera es la de Reyes Nuevos, obra de Covarrubias, que fué fundada en otro lugar por el primer monarca de la dinastía Trastámara para panteón real y trasladada aquí a comienzos del siglo XVI; estancia amplia, de delicada ornamentación plateresca, con nave de tres bóvedas de crucería con arcos, divisores antosonados y ventanas, donde hay, a más de los sepulcros, un coro, pinturas, esculturas, lienzos y otros objetos de gran valor histórico y artístico.

Dando ya al lado de la nave del Evangelio encontramos las pequeñas capillas de Santa Leocadia —una de las primitivas de la Catedral, restaurada en el siglo XVI— y del Cristo de la Columna, con escultura a la que se atribuye un gran milagro. A continuación está la del Sagrario, que comprende dos recintos, el primero a modo de vestíbulo —delante del cual se halla el sepulcro del Cardenal Portocarrero, con sencilla e impresionante inscripción—, al que se penetra por monumental portada. Esta capilla, iniciada a finales del siglo XVI por el arzobispo Quiroga y terminada durante la prelatura del Cardenal Sandoval y Rojas, tiene gran decoración de mármoles y bronce, magníficas rejas, sepulcro de

#### TOLEDO.—Jardín de la Casa de «El Greco».







TOLEDO.—Santa María la Blanca. Antigua Sinagoga.

dicho purpurado, valiosas pinturas y el gran altar donde está la imagen de la Virgen llamada Nuestra Señora de Toledo, de gran significado histórico, atroz colocada en la capilla mayor, con trazo argenteo labrado por Fancelli. Pasado el cruceo se hallan estas otras cinco capillas: la de la Piedad, con un gran lienzo de Ribera; la del Bautisterio con magnífica reja de Céspedes y una capiducida pila baptismal; la de la Virgen de la Antigua, con hermosas pinturas en tabla; la de Doña Teresa de Haro, con artesonado mudéjar, y la de la Descensión, plateresca, situada en el lugar donde realicase la milagrosa colocación de la cascilla de San Ildefonso, con un trazo de la propia piedra en que posó sus pies la Virgen María.

El Tesoro Mayor está en la sumosa capilla de San Juan, que ocupa el cuerpo inferior de la torre, con admirable puerta de entrada por la nave del Evangelio, obra de Covarrubias en 1537. Entre los objetos valiosísimos en él guardados figura la gran custodia gótica que hizo el célebre Enrique de Arle, de 1507 a 1524, pieza reputada como la primera del mundo, con más de 250 ostiasallas y viril en el que se englobó el primer oro llegado de América, la cual tiene 3 metros de altura y pesa cerca de 200 kilogramos de plata, oro y gemas. Otra pieza excepcional es el manto de la Virgen del Sagrario, uno de los tres más valiosos de España, regalado por el Cardenal Sandoval, obra del bresolador Felipe del Corral hecha en 1616, que contiene 78.000 perlas y muchas piedras preciosas. He aquí los demás objetos principales que custodia el Tesoro: el famoso trofeo de la batalla del Salado, la espada del infante de Antequera, varias imágenes antiguas

de la Virgen, la llamada *Ara aurea*, las cefras de plata, varios *Lignum Crucis*, báculo episcopal, pectorales, postepores, trípticos bizantinos, crucifijos, cruces procesionales, misales, etc.

La sacristía, gran salón rectangular, al lado de la capilla del Sagrario, cuya bóveda pintó al fresco Lucaz Giordano y es teñida como la mejor obra de esa clase debida a dicho gran artista, contiene numerosas cuadros de importantes pintores, entre ellos *El Expolio*, *El Cristo Suspendido*, *Santo Domingo de Guzmán* y una serie del Apóstolado, todos ellos del Greco; una *Estorvas*, de Morales, y otros más de Oriente, Pintorja, Piombi, Larca Giordano, Goya, Teniers el Joven, Juan de Begoña, etc.

Junto a la sacristía hay dos recintos que guardan también parte importante del tesoro catedralicio. A la derecha, el vestuario, cuya bóveda fué pintada al fresco por Claudio Coello y José Danoso, donde se hallan, entre otras, cuadros de Velázquez, Rubens, Van Dyck, Bellini, Los Bassano, Guido Reni, Barbier y Fendi, así como también la *Risla* de San Luis, que es un manuscrito valiosísimo, obra sustraída de los miniaturistas franceses; la famosa bandera de Lepanto; los tapices del *Tanto Monté*, que tuvieron los Reyes Católicos en su propia tienda de campaña durante el asedio a Granada; ornamentos de gran valor usados por aquellos famosos príncipes de la Iglesia que se llamaron Alborno, Tavera, Fonseca, Cisneros y Mendoza, etcétera. A la izquierda se halla el *Belficario*, llamado el *Octauro* por su forma octogonal, capiducida estancia cuya construcción dirigieron los arquitectos Monsegr y Theodorápoli, según proyecto de Vergara, revestida de mármoles



TOLEDO.—El Cristo de la Luz. Detalle del exterior.

TOLEDO.—La antigua puerta de Visagra.



y bronce, debidas a Carreño, Ricci y Maella. Figuran en ella 115 famosas reliquias, algunos de ellos constituidos de joyas de alto valor, verdaderas obras maestras de orfebrería y esculptura, labradas en diversos estilos, así como estatuas y bustos y el llamado Galán de Méndez.

La sala capitular, en la parte del abside, fué construída por Pedro Gonsiel y Enrique Egas, de 1504 a 1512. Posee una puerta ojival se penetra al primero de los dos recintos de que se compone, o sea la antecala, donde existe una primorosa puerta plateresca dorada que da acceso a la sala propiamente dicha. Son de admirar tanto el magnífico arcosonado y las pinturas murales debidas a Juan de Borgoña, como la colección de retratos de los arzobispos de la diócesis, algunos de ellos deltoños a cementos plateros.

La amplia capilla de San Pedro, hasta hace algún tiempo parroquia de ese nombre, es la última estancia convertida también en museo catedralicio. De estilo gótico, fué fundada en el siglo XV por el arzobispo Rojas y tiene bella puerta, primorosa reja, sillería de coro y varios sepulcros, entre ellos el del fundador y el del Cardenal Iguazco. En ella se han colocado tapices, pinturas en cobre, cuadros y la célebre talla San Francisco de Asís, de Pedro de Mesa, una de las obras maestras del realismo místico español.

El claustro forma un cuadro perfecto, de 55 metros de lado, con crucería ojival y cinco arcadas por galería. Fué comenzado a finales del siglo XIV por el arzobispo Alfonso, utilizándose en ella el terreno ocupado por el antiguo mercado hebreo.

\* \* \*

Otro monumento gótico bellísimo es San Juan de los Reyes, situado en la parte occidental del casco urbano. Obra ostiva, debida a la sufragancia de los Reyes Católicos, comenzó a erigirse en 1576, para conmemorar la batalla de Toro, con la que se consolidaron los derechos de Isabel al trono de Castilla. Verdadera maravilla arquitectónica en todos sus detalles, revela al gran creador del célebre Juan Gans, maestro mayor de la Catedral, que dirigió su construcción, y del no menos famoso Enrique Egas, que terminó el templo, de gran crucero, hermosos pilares y magníficas tribunas, profusamente decorado; el claustro, con ventanillas de refinado gusto ojival; la escalera plateresca, mandada hacer por Carlos V, obra también de Covarrubias; y el retablo, debido en parte a Alonso Cano. Ocupado durante más de tres siglos por la Orden Franciscana, allí tuvo su celda el célebre Cardenal Cisneros. La invasión francesa trajo la degradación para este monumento, pues fué incendiado por las vandálicas tropas napoleónicas el 19 de diciembre de 1808, con lo que quedó destruída parte del edificio.

Sonamente interesante es el templo llamado Cristo de la Luz, antigua mezquita, cuyo origen ha dado lugar a la formación de varias leyendas. Una de ellas dice que en tiempo del rey Atanagildo existía en el mismo lugar una iglesia en la que era venerado un crucifijo, el cual fué ultrajado por dos judíos, que le dieron un golpe de pica en el costado, por el cual manó abundante sangre, milagro que los atemorizó, méviéndoles a esconder la imagen en su casa, no sin que se descubriese la profanación por la sangre que fué cayendo a lo largo del camino. Otra asegura que la imagen tiene descalzados uno de los pies porque los judíos los untaron con veneno, a fin de vengarse de los cristianos, y cuando se acercó a besarlos el primer devoto, que fué una mujer, el Cristo retiró el pie para que no se envenenara. La tercera leyenda afirma que los musulmanes escondieron la imagen en un hueco de la cruz, y cuando entró triunfante en la ciudad Alfonso VI, al llegar delante de ella arrojóse el caballo que montaba, lo cual sirvió para exhibir la imagen que desde entonces fué abundada utilizando la misma lámpara con que estuvo oculta. El monumento constituye un recinto cuadrado, partido en nueve bóvedas de diferente cúpula por doce arcos de hemisferios, con pinturas líti-

gicas en paredes, arcos y ábside, de singular mérito artístico, dada su antigüedad. En su estructura adviérsele dos puntos de diferentes épocas y estilos: el pie del edificio, perteneciente a la que fué antigua mezquita de Báb-el-Mandou, de finales del siglo x, demostrativa del gusto árabe cordobés, y el crucero y el ábside mudéjares, hechos en el siglo XII, por orden del rey don Bernardo.

El santuario de Santa María la Blanca, hasta 1405 sinárega mayor toledana y luego monasterio, ermita y hasta, por algún tiempo, cuartel, está situada en el que fué barrio judío. Creyóse fué fundado por Ibraim, privado de Alfonso VIII, en el siglo XII, pero idénticas investigaciones han permitido fijar su origen algo posterior, hacia el año 1250, complementado luego con la obra efectuada en el reinado de Pedro el Grande. Aunque a causa de las luchas entre cristianos y judíos resultaron destruidos la ornamentación del indafronte y los primitivos ventanales, todavía cabe admirar la hermosa mudéjar de los arcos, los capiteles de fino gusto oriental, los frisos y algunos detalles de la puerta. Está dividido en cinco naves, con precioso artesonado, sobre veintiseis arcos de herradura apoyados en treinta y dos columnas octogonales, y la tradición asegura que la madera del techo es de cedro del Líbano, así como que la tierra existente debajo del losado fué llevada allí del monte Sión.

Nuestra Señora del Tránsito es otra gran monumento mudéjar, también antigua sinárega, obra cuya construcción dirigió el arquitecto israelita Meir Abdell, que terminó alrededor del año 1357, por cuenta del protoconbe judío Samuel Levi, tesoro de Pedro I de Castilla. A finales del siglo xv los Reyes Católicos hicieron donación del edificio a la Orden Militar de Calatrava. Tiene 25 metros de largo y nueve y medio de ancho, con ábside galería alta y rico artesonado de alerce. El muro de la cabecera constituye todo el un verdadero encaje del más puro estilo, y los otros dos, de N. y S., ofrecen largas inscripciones tomadas de salmos salomónicos. En el piso existen numerosas sepulcros de nobles calatraves, cuyos epítafios resultan ya ilegibles.

Otros notables edificios religiosos son: las iglesias de San Miguel del Arrabal y de Santa Tula, cuyo origen se remonta a los primeros tiempos de la Reconquista, siendo famosa la segunda, a más de por su bellísima torre, porque guarda el entierro del conde de Orgaz, una de las mejores obras del Greco; la ermita del Cristo de la Vega, erigida en el siglo iv, a raíz del martirio de Santa Leocadia, y que luego amplió el rey Sisebut, edificio en el que se celebraron los concilios toledanos, fueron enterrados reyes y otros personajes y tuvieron lugar milagros como el del Cristo existente en su altar mayor, cuya leyenda inmortalizó Zorrilla en su obra *A buen pie, sobre fuego*, y, finalmente, los conventos de la Concepción, monumento nacional, con preciosa torre mudéjar, cúpula arábiga y restos de antiguo palacio árabe, y el de las Comendadoras de Santiago, sobre el lugar en que también hubo espléndido palacio visigodo y árabe, siendo fama que allí nació Alfonso X el Sabio.

En la parte más elevada de la ciudad, cual verdadera acrópolis, destaca en silbata el famoso Alcazar, símbola hoy mutilada, pero que hasta hace poco fué airosa, corno, sin duda, valdrá a serlo en un futuro próximos. De pocos monumentos puede decirse, como de éste, que sintetiza la historia, no ya de Toledo, sino del país y de la raza, y que hacen recordar tantos acontecimientos y personajes famosos, mixime ahora, cuando ha llegado a constituir símbolo de las más afortunadas y heroicas virtudes, fortaleza en tiempos romanos, visigodos y árabes, Alfonso VI admitió su importancia al reconquistar Toledo, por lo que la alcazaba mora quedó convertida en principal reduto defensivo interior, que luego adquirió rango de palacio real. Cuenta que fué objeto de importantes obras durante los reinados de Alfonso VII, Alfonso VIII, Alfonso X, Sancho IV, Juan II y los Reyes Católicos, hasta advertir la reforma definitiva, que acometió Carlos V y terminó Felipe II. Insigne artista como Contreras, Vega, Ezas, Villalpando, Herrera, Ventara Rodríguez y otros vinculados su nombre al del gran monumento. En 1730, durante



TOLEDO.—Hospital de la Santa Cruz. Patio.

TOLEDO.—San Juan de los Reyes. Patio.





TOLEDO.—Fachada del Hospital de Santa Cruz.

la guerra de Sucesión, el general austríaco Staremberg, al retirarse frente al empuje de las tropas lusitanas, quemó y incendió el edificio, por lo que, transcurrido algún tiempo, el cardenal Lorenzana obtuvo permiso para reconstruirlo, instalando en él la Real Casa de Caridad. En 1808 las tropas francesas invasoras lo incendiaron de nuevo, causando grandes pérdidas en el interior, siendo hecha la nueva restauración de 1867 a 1882. Poco después, en 1887, volvió por tercera vez, sufriendo aún más daños. Vuelto a restaurar, llegó la guerra de 1936-39, en que, como es sabido, quedó casi totalmente destruido, tras su épica defensa. Formaba un cuadrilátero con cuadradas torres esquineras salientes, cuyas fachadas, distintas en sus detalles ornamentales, recordaban el secular proceso de su reconstrucción: la del E., de la época de San Fernando, con carácter de feudal castillo medieval, pues conserva un alarce y dos cubos del siglo XIV; la del O., en la que asombrosamente los ínicos del estilo plateresco; la del N., donostera de bono estilo renacentista, y, finalmente, la del S., en que aparecía plasmado el gusto escorialense. Su interior —patio, escalera, salones, etc.—, era en extremo suntuoso. Como es sabido, en el Alcázar, cuna de la moderna Infantería española, estaba instalado el magnífico

museo de dicha Arma, figurando allí no sólo innumerables objetos de alto interés castrense, sino valiosas colecciones de armas, monedas, cerámicas, documentos, etc.

El más valioso monumento plateresco que cuenta Toledo, y uno de los joyeros de España, es el antiguo Hospital de Santa Cruz, muy cercano al Alcázar, donde están instalados el Museo y la Biblioteca provinciales, de notable riqueza. Fue erigido por voluntad del gran cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, quien falleció antes de ser iniciadas las obras, pero habiéndolas dejado escritas como para realizarlas, por lo cual fué Isabel la Católica, alcaica del fundador —que en vida había sido conserje de la Reina—, quien señaló el lugar que debía ocupar el monumento, edificado en diez años, de 1504 a 1514, bajo la dirección del famoso arquitecto Enrique Egas. Con razón se ha dicho que la portada es de inigualable belleza, dada su primorosa labor, universalmente famosa. En el interior son de admirar tanto el templo, con artesonado de madera, como el patio principal que tiene un gran columnato, y la monumental escalera, en toda la cual hay un ventanero derecho de labor ornamental compuesta de estatuillas, frisos, festones, arcos, triforos, escudos, etc. Cuadrado afirmó que «la belleza de esta obra, singular en su género, impuso respeto aun a los destructores soldados de Bonaparte».

Al N. de la ciudad, cerca de la antigua puerta de Vico, hállase el vasto Hospital conocido con los tres nombres de San Juan Bautista, de Alhera y de Tavera, este último por haber sido su fundador el célebre cardenal, Inquisidor Mayor, que no consiguió verlo terminado, pues aunque puso la primera piedra en 1541, falleció en 1545, prolongándose las obras hasta 1603. Constituye una gran creación arquitectónica de estilo neoclásico, cuyos planos confeccionó el sacerdote Battolomé de Bustamante, y se divide en dos partes: templo y hospital propiamente dicho. Son de admirar en él la portada, de adintelado de Carrara; el soberbio patio y el templo funerario del fundador, obra de Burguete —la última que hizo, poco antes de fallecer, allí mismo, en 1561—, considerada por algunos críticos como una de las mejores de su clase en España. Otras creaciones artísticas de gran mérito existentes en este edificio son varios cuadros del Greco, entre ellos el retrato del propio Tavera, pintado sesenta años después de su óbito, valiéndose para ello, como había hecho Burguete con el sepulcro, de la manovilla del cardenal.

Hay en la imperial ciudad más edificios notables, monumentos arquitectónicos de marcado valor y lugares famosos demostradores de ese su brillante y complejo pasado, por lo que cabría ampliar esta sucinta enumeración que venimos haciendo. Así, los palacios de Fuensalida, donde moró la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V; el de los Pantoja y Portocarrero, del siglo XVI, con elementos arábigos y escalera renacentista; y el de Mesa, que tiene un gran salón majájar; las Casas Consistoriales o Ayuntamiento —palabra esta última, como algunos añaden, tan puerile de relieve, que fué usada por primera vez en Toledo—, edificio mandado construir, a finales del siglo XV, por el corregidor y alcaide del Alcázar Gómez Manrique —cuyos famosos y edificantes versos aparecen allí estampados— y reformado en el XVII por Henara; la Casa del Greco, situada en el mismo lugar en que tuvieron su mansión el renombrado pintor de Villena y, luego, el glorioso artista, cuyo nombre tan substancial es al de la ciudad, y donde se halla instalado un magnífico museo de sus obras y de las de otros grandes pintores; la Posada de la Sangre o del Sevilla, otrora habitada por Cervantes, que escribió allí una de sus famosas novelas ejemplares; el Museo Parroquial, establecido en la iglesia de San Vicente, con valiosísimos cuadros, tapices, ornamentos, incensales, etc.; la Cárcel de la Santa Hermandad; los restos del legendario palacio de Gallana; los del Corral de Don Diego; los del edificio de Juanelo, etc.

ANGEL DOTOR,  
C. de la Real Academia de Bellas  
Artes de San Fernando.